

LA MADRE DE PETER PAN

MAICA RIVERA

No existe ninguna de biografía de James Matthew Barrie en lengua castellana y la publicación de este libro viene a mitigar la desolación que causa tan insólito vacío editorial. Se trata de una obra imprescindible para comprender, desde sus raíces profundas, el perfil literario del autor y las claves del universo *peterpaniano* que alumbró. Y, lo más importante: constituye un valioso acercamiento intuitivo a los graves conflictos internos de Barrie, con origen en su niñez, que dieron sentido primero y último a su escritura y a las fantasías compensatorias que proyectó sobre la ficción a lo largo de su vida.

Sin embargo, estas páginas dejan patente que no hay necesidad de recrearse en el morbo de la fácil interpretación edípica de sus textos. Porque propician una aproximación humana al entorno del escritor que se aleja de gratuitos desvaríos psicoanalíticos para los que siempre fue la víctima perfecta (por méritos propios, ciertamente), y que han degenerado incluso en calumnias (infundadas y

siempre desmentidas por sus hijos adoptivos, los Llewelyn Davies).

Por tanto, es en *Mi madre, Margaret Ogilvy*, que vio la luz por primera vez en 1896, donde hoy mejor puede vislumbrarse la limpia sombra de Peter Pan. Su epifanía se esconde entre líneas, pero también nítidamente en el constante regreso a la añorada infancia que se apuntala con cada reflexión y que más adelante tomaría forma maravillosa bajo el sobrenombre de "País de Nunca Jamás". También existen en este título incipientes indicios de identificación de la infancia con la muerte, el inicio de ese gran lamento de impotencia por estar condenados, como adultos, tan solo a soñarla (bien se sabe tras la lectura de Peter Pan y Wendy que hemos perdido, acaso olvidado, la capacidad de volar).

No es baladí que, prácticamente, el libro abra y cierre con el estremecedor recuerdo del drama familiar que alteró para siempre la vida del que era, por aquel entonces, el pequeño James: el fallecimiento de su hermano mayor David a los trece años de

edad (la mitad de los suyos) en un accidente de patinaje. Como se narra detalladamente en el libro, el terrible suceso sumió a la progenitora en una profunda depresión que pudo hacer desatender a sus otros hijos y provocó que Barrie intentara desde entonces suplir patológicamente la personalidad del malogrado. De hecho, llegó incluso a imitar su silbido canalla "con las piernas separadas y las manos en los bolsillos de los pantalones", que era, sin duda, el origen del mito de Peter Pan. Y ésta, la historia traumática de cómo las terribles circunstancias convirtieron a David en ese niño idealizado por todos que ya nunca podría crecer, pues la muerte prematura le habría estancado en la preadolescencia para siempre. Fue ahí, y queda muy bien reflejado, donde dio comienzo el duelo interior que el escritor arrastraría toda la vida, el despuntar de un obsesivo penar por la complacencia y el beneplácito de su madre que, al parecer, nunca superó el óbito del predilecto.

Como cabía esperarse, Margaret Ogilvy queda in-

MI MADRE, MARGARET OGILVY

J.M. BARRIE

*Del creador de
Peter Pan*



MI MADRE, MARGARET OGILVY J.M. Barrie

Erasmus. Barcelona, 2012.
180 págs. 19,00 €.

mortalizada en términos de dama enérgica, de viva inteligencia natural y espíritu brillante. Gran aficionada a las novelas de aventuras con un fervor incontenible que el propio Barrie heredó, fue siempre la primera y última lectora de todos los escritos de su hijo hasta su deceso. De manera que, según la propia confesión de éste, el resto de los textos que los ojos maternos ya no verían, le nacerían huérfanos y así quedarían para siempre.



HUELLA JONDA DEL HÉROE

Montero Glez.

Imagine Press. Madrid, 2012.
176 págs. 15 €.

La de Montero Glez. en este libro no es una ruta que pueda remedar el lector al que le haya apetecido el plato; para desandar sus pasos habría que tener ojos de buen observador que descubra esos hombres-peces en las paredes de una Andalucía inexis-

tente en las guías turísticas. Puede que sea un libro de viajes, merecedor del Premio Llanes 2012, pero sobre todo, la propuesta del autor es para alguien que gusta de orearse con ese viento que enajena y así tentarle la mano al escritor que nos deja que nos detengamos en las texturas y los olores de cada roca. Su yo es el escozor de la culebrilla y del lector el paladeo de las tortillitas de ca-

marones, suyo el dolor por los *mojamés* insepultos de la mayor fosa común que es el Estrecho y nuestro el disfrute del paganismo tangerino en el que Paul Bowles se deja caer, mientras el lector anota la seña de los carraspiques, por si hiciera falta añadir carnalidad al destino mágico de un reino de Tunia que, sin duda, habrá que transitar, una vez que Montero Glez. lo ha resucitado.